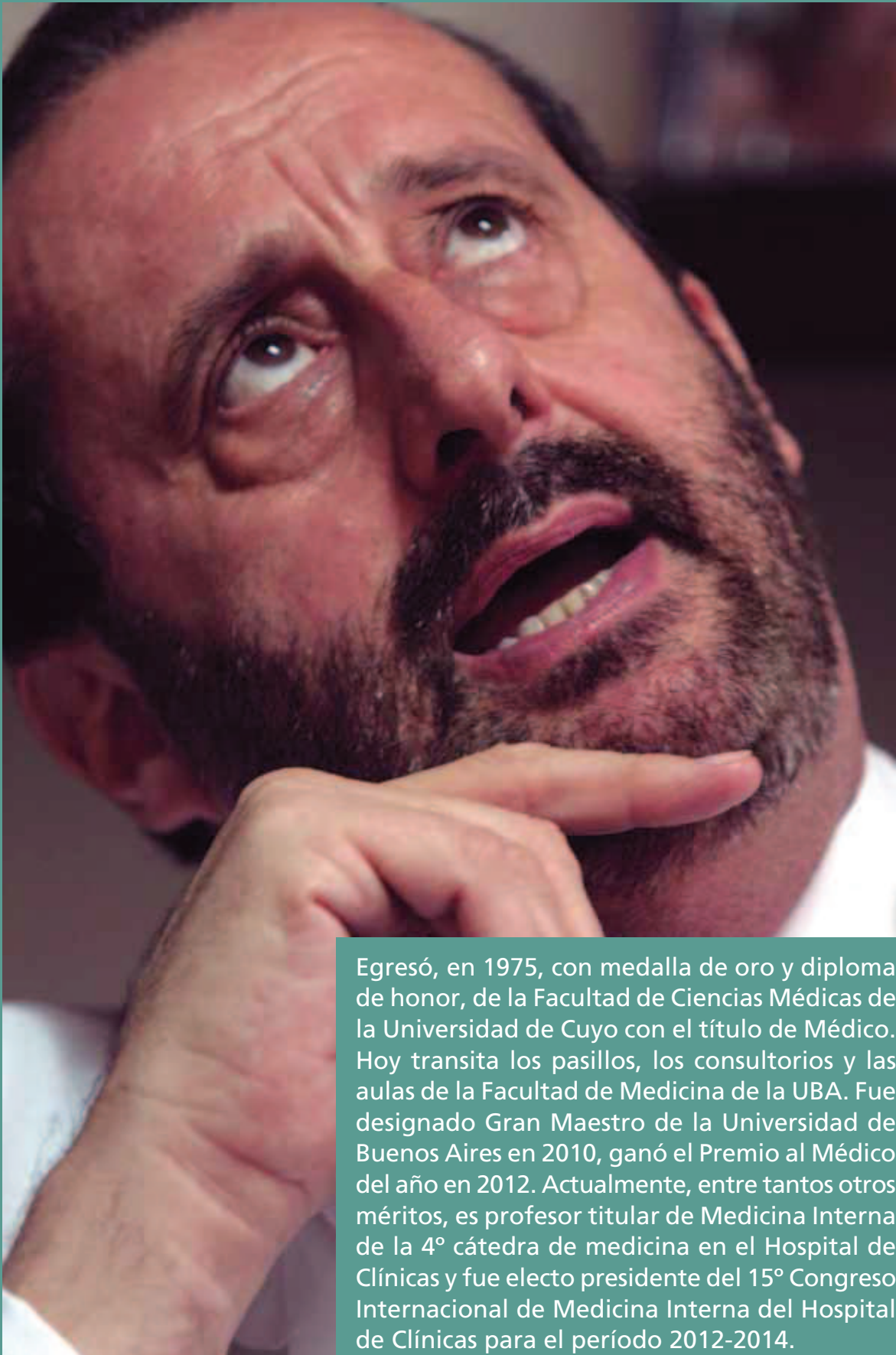






GRANDES MAESTROS
ROBERTO HÉCTOR IERMOLI



Egresó, en 1975, con medalla de oro y diploma de honor, de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuyo con el título de Médico. Hoy transita los pasillos, los consultorios y las aulas de la Facultad de Medicina de la UBA. Fue designado Gran Maestro de la Universidad de Buenos Aires en 2010, ganó el Premio al Médico del año en 2012. Actualmente, entre tantos otros méritos, es profesor titular de Medicina Interna de la 4° cátedra de medicina en el Hospital de Clínicas y fue electo presidente del 15° Congreso Internacional de Medicina Interna del Hospital de Clínicas para el período 2012-2014.

De una entrevista realizada por Rodolfo Zibell

“Nací en Godoy Cruz, Mendoza, el 14 de noviembre de 1950. Somos cuatro hermanos y digo con orgullo que venimos de un hogar súmamente humilde. Mi padre, José Jorge Iérmoli, era un obrero vitivinícola que tuvo la desgracia, pobrecito a los 32 años, de quedar ciego a causa de un tumor cerebral. Quedó casi fuera del ámbito laboral, él trabajaba en una bodega privada y entonces no se respetaban tanto los derechos laborales y quedó fuera. Era hijo de italianos. Nuestra familia paterna originaria viene de la Lombardía, de un pequeño pueblo que se llama Montegrino Valtravaglia, a orillas del Lago Mayor, casi a cuatro kilómetros de la frontera con Suiza. Mi madre, Blanca Ángela Gordillo, es hija de españoles, mi abuela era de Granada y vino de muy chica a la Argentina”.

“El matrimonio de mis padres nunca tuvo una casa propia, nunca supimos lo que era un calefón, no supimos lo que era una heladera. No supimos lo que era un teléfono. Así que nos tocó, desde muy pequeños, tratar de trabajar haciendo changas o lo que fuera y aquí resalto –yo soy el segundo de cuatro hermanos- la tarea que emprende mi hermano, Jorge, que aunque parezca mentira, a los siete años, este muchachito, este chico, ya vendía ropa usada, champú, lo que podía y se hace cargo de nosotros en gran parte, junto a mi madre que hace de todo, desde ponerse a pintar para vender cuadros -como los americanos que eran con cartulina negra-, hasta coser y bordar para afuera, o levantar puntos corridos de medias femeninas. Todo lo más digno posible para poder comer”.

“Nosotros somos cuatro hermanos y todos pudimos estudiar. Mi hermano Jorge es el mayor, y es contador y empresario de Mendoza; después vengo yo, luego mi hermana Martha y mi hermana Liliana. Los cuatro trabajábamos mientras estudiábamos. Martha es

profesora de matemáticas y Liliana es psicóloga y abogada. Los cuatro somos producto de la educación pública, primaria, secundaria y universitaria, siempre en Mendoza. Y recién dejada la niñez hacíamos de todo como limpiar cocinas ya que teníamos un tío gasista, y en el rancho en que vivíamos teníamos soda cáustica para esos menesteres”.

“Hoy en día es muy difícil ubicar ese rancho en un barrio, porque estaba en la periferia, en un descampado, y más tarde vivimos muy atrás del Cerro de la Gloria, donde no había una ruta todavía sino que había huella. Mis hermanos siguen viviendo en Mendoza, el único que se vino acá fui yo. En Mendoza trabajé en una casa de artículos para el hogar y después como enfermero porque había hecho un curso en la Cruz Roja mientras estaba en la secundaria. Y luego entré en la Universidad Nacional de Cuyo. Era muy inquieto así que enseguida tuve participación en la política universitaria. Fui perseguido por la Tripla A y ya recibido, en 1975, con medalla de oro -que recién pude obtener después de años-, me salvé gracias a mi hermano mayor a quien un coronel le avisó: ‘a tu hermano lo van a hacer desaparecer’. En el aviso estaban de hecho dos amigos míos que no hicieron caso y aparecieron muertos al cabo de unos días, uno en el parque San Martín con los cuatro miembros amputados y el otro, con 32 balazos. Es así que me voy de Mendoza con un compañero hacia el sur de San Rafael y no podíamos pasar a Chile porque estaba Pinochet. Yo había conocido en Mendoza a quien después fue mi gran maestro, el doctor José Emilio Burucúa, uno de los más grandes clínicos que ha tenido nuestro país. Entonces, sabiendo que un profesor de la Facultad de Medicina en Mendoza había sido amigo de él, recién llegado a Buenos Aires en el tren El Zonda y con una valija de cartón prensado, resolví presentarme

en la 5° Cátedra de Medicina Interna aquí en el Clínicas, donde Burucúa era profesor. Llegué a Buenos Aires con un desconocimiento absoluto y con muchas ganas de formarme. Y las mejores residencias estaban acá”.

“Había problemas con los ascensores y subo los once pisos con mi valija y pido hablar con el maestro Burucúa: En Mendoza él había ido a dar una conferencia y tuvimos un breve diálogo. ‘Usted está para Buenos Aires’ –me había dicho-. En esa cátedra llegué a profesor titular. Aquí me recibe un enfermero, que fue la primera persona con la que tomo contacto. Yo no había dormido en toda la noche y después de presentarme y tras un breve diálogo, me dijo ‘tome el estetoscopio, vaya a la cama 36 y dígame qué tiene el paciente’. Yo saco mi estetoscopio, que para él era antidiluviano, me alcanza otro y me pregunta si tengo guardapolvo y al responderle que lo tenía en la valija, la mira y me dice ‘pero qué es eso, un cartón ¿se lo prestó su abuela?’. Se sacó su guardapolvo y me lo dio. Yo mido 1,86 y él 1,68 así que en vez de guardapolvo, en mi cuerpo parecía una casaca. Mi pobre valija quedó en la Secretaría de la cátedra”.

“La cuestión es que así voy a hacer la historia clínica del paciente y cuando llega Burucúa con todo un grupo de residentes, mira la historia y dice delante de todos, incluido el paciente: ‘¿Qué miércoles es esto? En Cuyo le dan la medalla de oro a cualquiera’. Yo tengo una visión bio-psico-socio-cultural de la Medicina y por eso le pido hablar a solas fuera de la sala. Usted qué quiere -le dije- que le diga el diagnóstico o que le explique cómo llegué a ese diagnóstico. Y le di una explicación con lujo de detalles. Entonces me empezó a preguntar sobre cuestiones de lo más variadas como quién había escrito Misas Herejes, cuánto pesaba el sodio, cuánto el cloro. Puso un disco, era una sinfonía, la Heroica de Beethoven y me hizo decirle que número era y de qué movimiento se trataba. Contesté a todo correctamente. Me quedé en esa cátedra 26 años”.

“Siempre intenté rodearme de los mejores maestros y aunque no lo tuve, reconozco en Luis Agote uno de ellos. Fue un gran humanista y trato, humildemente de seguir en esa senda. Y por supuesto, Jorge Emilio Burucúa fue el más importante, mi gran referente, con el que llegué a ser, por concurso, jefe de residentes”.

“El día de mi encuentro con Burucúa, recién pude

librarme a las seis de la tarde porque le encargó a su entonces jefe de residentes que me pusiera a hacer historias clínicas. Cuando fui a buscar mi valija a la Secretaría estaba todo cerrado. En ese ‘cartón’ tenía toda mi escasa ropa pero también el poco dinero que traía de Mendoza. Hacía más de 24 horas que no dormía y crucé la calle hacia un hotel de enfrente. Le rogué al encargado que me dejara dormir y asearme, lo que aceptó a regañadientes pese a mi promesa de darle

SIEMPRE INTENTÉ RODEARME DE LOS MEJORES MAESTROS Y AUNQUE NO LO TUVE, RECONOZCO EN LUIS AGOTE UNO DE ELLOS. FUE UN GRAN HUMANISTA Y TRATO, HUMILDEMENTE DE SEGUIR EN ESA SENDA. Y POR SUPUESTO, JORGE EMILIO BURUCÚA FUE EL MÁS IMPORTANTE, MI GRAN REFERENTE.

el dinero al otro día. Pero cumplí. El hospital dispone, en el sexto piso, de lo que se conoce como el Pabellón de Médicos que utilizan quienes llegan del interior y del exterior, y ahí fui a dar yo. Y qué paradoja, ese pabellón es supervisado hoy por mí, como uno de los tres directores del Hospital”.

“Ese Pabellón de médicos se maneja desde 1896 y tenía cuando yo llegué a él, un presidente, un vicepresidente, un secretario y un intendente, además de un mucamo.”

“Vivíamos seis, siete y a veces hasta ocho en una habitación. Y de éstas, había una en el pasillo que le decían la cárcel porque no tenía ventanas. Al ingresar un residente nuevo al pabellón tenía que ofrecer un festejo, que generalmente era un asado que se hacía en el pasillo, sobre un elástico en el piso cubierto con chapas para evitar su deterioro, pero lo que no se podía evitar era el humo que subía a los pisos superiores. Si uno no tenía dinero, se le prestaba. Nadie se podía negar, como tampoco a otras exigencias como beberse dos cartones de vino de un litro. Si uno se negaba, se procedía a realizar un juicio con todas las de la ley, a veces con penas bastante disparatadas. Un tucumano que sólo aportó unas masas al asado, fue, después de un juicio sumarísimo, con acusador y defensor, condenado a ser fusilado con sus propias masas, que explotaban en su guardapolvo. Yo al ingresar me negué, como buen mendocino, a tomar el vino malo de los cartones y me mantuve en esa postura. No sé por qué pero no me hicieron nada, aunque en la elección que sobrevino a mi ingreso, me hicieron presidente del Pabellón del que



salí a los 6 años para ir a casarme a la cercana iglesia del Carmelo”.

“Yo no tenía otro lugar donde vivir pero mi familia y la familia de la que después fue madre de mis hijos, que se conocieron ese día, arreglaron el problema y el que hizo de presentador fue Marcelino de Vega, un salteño con el que nos habíamos agarrado a piñas en el Pabellón y quien después fue mi gran amigo, uno de los mejores, y padrino de casamiento. Yo dirijo cursos en distintos lugares del país y entre ellos está Salta que es un poco mi tercer hogar. El primero es ahora este hospital, y después, por supuesto, Mendoza”.

YO DECÍA, A LOS TRES AÑOS, QUE QUERÍA SER MÉDICO, CLARO QUE NADIE ENTONCES ME PRESTABA ATENCIÓN, PERO CUANDO ENFERMÓ MI PADRE, AÚN SIENDO UN NIÑO, NO TUVE DUDAS DE QUE QUERÍA SER MÉDICO, SIN HABER TENIDO NADIE EN LA FAMILIA CON ESA CONDICIÓN.

“Un día en el que necesitaba ver alguna flor, me fui hasta Ciudad de la Paz, casi esquina Dorrego, donde hay un aroma. Y les digo a mis compañeros tengo que ir a

ver ese aroma y me dijeron que estaba loco. Pero yo, lo necesitaba. Tomé un colectivo y fui a verlo. Todavía hoy está allí. Los aromos florecen en invierno... Estas cosas son, se dan, cuando se ha tenido tiempo de reflexionar, de juntarse a degustar un vino, porque para degustar un vino hay que estar en compañía y en buena compañía. Dicen en el interior que los porteños van corriendo hacia la muerte y ellos, los del interior, la esperan, sin prisa. Y eso me toca profundamente porque me he ido transformando. Ahora corro y no es bueno, porque uno aquí está agendado desde las 6 y cuarto de la mañana hasta las 11 de la noche”.

“Yo decía, a los tres años, que quería ser médico, claro que nadie entonces me prestaba atención, pero cuando enfermó mi padre, aún siendo un niño, no tuve dudas de que quería ser médico, sin haber tenido nadie en la familia con esa condición. Mi padre queda ciego a los 32 años, tenía un tumor cerebral del cual fue operado en Mendoza, pero hubo un sangrado, se llevan por delante el nervio óptico. Después lo operaron aquí en Buenos Aires pero no quedó bien, aunque con una fortaleza extraordinaria. Todos los días le agradecía a



Dios porque podía tocarnos y escucharnos. Nunca dijo que sintiera algún dolor”.

“Mi madre vive, muy delicada con sus 88 años, aunque tuvimos la desgracia de que se fracturara la cadera hace unos meses. Yo estaba en Italia. Ella quedó con un trastorno cognitivo, por eso ahora viajo más que nunca a Mendoza, donde está toda mi familia. De todos modos, un poeta mendocino, Armando Tejada Gómez, escribió un día ‘Nadie se va de Mendoza aunque piense que se va’. Así termino mis conferencias habitualmente. Estamos muy empapados con ese mendocino ilustre que fue Tejada Gómez”.

“Mi madre trabajó siempre para mantenernos, hizo de todo cuanto una persona puede hacer para ayudar económicamente. Todo fue muy difícil pero mis padres tenían una moral intachable. No teníamos agua caliente en el invierno, ni agua fresca en verano. Sin embargo todos los hermanos somos profesionales aunque ni mi padre ni mi madre tuvieron estudios superiores. Pero ambos nos inculcaron el gusto y el amor por la lectura. Mi niñez fue difícil en lo económico pero con una presencia muy importante de la educación. Yo aprendí a leer desde muy chico y no falté nunca a la escuela. Me formé

íntegramente en la educación pública. Mientras mis compañeros soñaban con tener algún oficio, el mismo que veían hacer a sus padres, yo quería ser médico.”

“Siempre me manejé con utopías, siempre tratando de no ver los límites. A lo que sumo la pasión. Mis hijos dicen que la Medicina les robó al papá, porque para mí la pasión es el fuego que nos ilumina y nos mantiene vivos para la creatividad. Tengo cuatro hijos, Martín, abogado y periodista; Cecilia, licenciada en Ciencias de la Educación; Lucía, estudiante de Ciencias de la Educación, y Laura, que optó por Ciencias de la Nutrición. Todos ellos, estudiaron en la UBA y están orgullosos de ello”.

“Trato, siempre, de internalizar el humanismo médico porque no se concibe a un médico sin arte. No puede ser que un profesional que no sabe nada de la vida pueda diagnosticar. Las personas no son sólo pacientes, sólo casos. No son enfermedades, son seres integrales y tomarlos simplemente como casos implica la concepción de una visión reduccionista de la Medicina. Tomar en cuenta todos los factores que hacen que un individuo sea como es y que esto incida en su salud, es nuestra filosofía de trabajo”.

“La docencia es una parte fundamental de mi vida. Yo fui jefe de dirección a muy temprana edad pero me apasiona enseñar. Precisamente dirijo el área de docencia e investigación del Hospital de Clínicas, abocado a formar recursos humanos. Tenemos 400 residentes, es lo que podríamos decir un ‘semillero’ de médicos y becarios. Además, soy profesor titular en la UBA y tengo 120 alumnos por cuatrimestre buscando transmitir lo que tanto me costó aprender”.

“Bueno, terminé mi residencia en la 5ª cátedra de Medicina Interna a cargo de mi maestro, José Emilio Burucúa, que fue el mejor internista, uno de los mejores internistas que ha tenido la Universidad. En los seis años de vida en el Pabellón fui residente, jefe de residentes, hice la carrera docente completa, fui instructor de residentes en el Policlínico Bancario porque gané también ese concurso. Fui jefe de servicio en Morón cuando mi maestro se jubila y va como jefe del Departamento de Medicina Interna. Yo le dije, profe, yo no puedo ir a la mañana porque no voy a dejar el Clínicas. Entonces iba a la tarde. Empezaba a atender mi consultorio a las 8 de la noche y terminaba a la 1 de la mañana. Había que atenerse”.

“Después fui director de residencia de Medicina Interna en el Hospital Español y paralelamente, subdirector de la carrera en la UBA. Fui subsecretario de Educación Médica en la Facultad de Medicina y tuve la suerte de llegar a profesor adjunto y salir primero entre 15 postulantes. Cuando me postulé a titular, también salí primero entre 11 postulantes. Y se dio una paradoja porque uno a veces se anota en un concurso y pueden pasar años hasta que se sustancia. Y se sustanciaron dos concursos en los que yo estaba anotado, con una semana de diferencia, y salí primero en los dos. Pero tuve que renunciar a uno”.

“En el año 2000 me convocan para ser parte de la Dirección del Hospital de Clínicas. Hasta el 2004, en que hubo algún cambio de autoridades y durante la gestión del rector Hallu, desde febrero de 2007 hasta ahora, soy director de Docencia e Investigación del Hospital”.

“En la dirección a mi cargo se trabajan tres grandes líneas de investigación. Arte, cultura y salud es una de ellas, donde recibimos desde artistas plásticos hasta actores que colaboran con la formación de los alumnos y que es obligatoria y no optativa para ellos, ya que se hace hincapié en el aspecto psicológico, sociológico

y cultural de la Medicina. La segunda es Vino y Salud, donde se estudian las capacidades antioxidantes del vino. La tercera línea de investigación es Deporte y Salud, que estudia la incidencia de la Medicina en el Deporte”.

TENEMOS 400 RESIDENTES, ES LO QUE PODRÍAMOS DECIR UN “SEMILLERO” DE MÉDICOS Y BECARIOS. ADEMÁS, SOY PROFESOR TITULAR EN LA UBA Y TENGO 120 ALUMNOS POR CUATRIMESTRE BUSCANDO TRANSMITIR LO QUE TANTO ME COSTÓ APRENDER.

“Tengo la suerte, pero también la mochila, de ser el director del Departamento de Medicina de la Facultad de Medicina; el director de Docencia e Investigación del Hospital de Clínicas; el profesor titular de esta cátedra de medicina. Y estoy orgulloso de pertenecer a la UBA, una universidad que cumple 192 años, que da cabida y respuestas a la población, sea cual fuere su condición social. Que además tiene siempre las puertas abiertas para proyectos. Soy además el presidente del 15º Congreso Internacional de Medicina Interna para el período 2013-2014, que va a culminar con el Congreso del Hospital de Clínicas, en un hotel del centro de esta ciudad, con 12 actividades simultáneas durante cuatro días, y donde concurren aproximadamente 8000 colegas. Disertantes de mucho prestigio de nuestro país y del exterior. Y con el máximo apoyo de las autoridades de la Universidad de Buenos Aires”.

“Con 37 años de trabajo en esta institución, debo decir que es el hospital más antiguo de Buenos Aires. Su germen nace con la segunda fundación en 1580, para llegar a lo que es hoy. Tenemos toda la esperanza depositada en nuestro Rector, que ha manifestado públicamente que el Clínicas va a volver a tener el lugar físico que realmente merece, el prestigio que nunca perdió. Todos los mensajes que nos da el rector Hallu son de esperanza, y esto nos da más fuerza para seguir. En ésta como en cualquier profesión, están la inteligencia, el sacrificio, pero también está la pasión. Pasión, que es esa llama que nos lleva a dar lo más profundo de nosotros y que a su vez es creativa para sortear dificultades. Cuando se planta un Rector como Hallu y nos abre el camino a la esperanza, no tenemos más que darle un gracias con letras capitales”.